San Bernardo De Claraval

Sermones sobre el Cantar de los Cantares

Ivory Falls Books

San Bernardo de Claraval

SERMONES SOBRE EL CANTAR DE LOS CANTARES

®2017 IVORY FALLS BOOKS. Este libro es parte de una colección de los mejores clásicos espirituales, disponibles tanto en formato impreso y libros electrónicos. En Ivory Falls Books nos esforzamos por publicar libros de alta calidad a precios asequibles. Además buscamos uniformidad en el tamaño, la presentación externa y el tipo de letra, que le permite al lector crear una biblioteca bien organizada y de fácil lectura. Para encontrar los títulos disponibles por favor búsquenos en Amazon.com.

Este libro es producto de su tiempo y no refleja necesariamente el pensamiento de la actualidad, el cual ha evolucionado, como lo haría si se hubiese escrito en la actualidad.

SERMÓN 1. Sobre el título del libro del Cantar de los Cantares

I.División de la doctrina de los tres libros de Salomón.

1. A vosotros, hermanos, deben exponerse otras cosas que a los mundanos, o al menos de distinta manera. A ellos debe ofrecerles leche y no comida, el que en su magisterio quiera atenerse al modelo del Apóstol. Pero también enseña con su ejemplo a presentar alimentos más sólidos para los espirituales, cuando dice: Hablamos no con el lenguaje del saber humano, sino con el que enseña el Espíritu, explicando temas espirituales a los hombres de espíritu. E igualmente: Con los perfectos exponemos un saber escondido, como pienso que ya sois vosotros sin duda. A no ser que os hayáis entregado en vano durante tanto tiempo a la búsqueda de las cosas espirituales, dominando vuestros sentidos y meditando día y noche la ley de Dios. Abrid la boca no para beber la leche, sino para masticar el pan. Salomón nos ofrece un pan magnífico y muy sabroso por cierto: me refiero al libro titulado el Cantar de los cantares. Si os place, pongámoslo sobre la mesa y partámoslo.

2. Si no me engaño, la gracia de Dios os ha enseñado suficientemente a conocer este mundo y despreciar su vacío mediante la palabra del Libro del Eclesiastés. ¿Y el Libro de los Proverbios? ¿No habéis hallado en él la doctrina necesaria para enmendar e informar vuestra vida y vuestras inclinaciones? Saboreados ya estos dos libros en los que habéis recibido del arca del amigo los panes prestados, acercaos también a tomar este tercer pan, el que mejor sabe.

Hay dos únicos vicios o al menos los más peligrosos que luchan contra el alma: el vano amor del mundo y el excesivo amor de sí mismo. Estos dos libros combaten esa doble peste: uno cercena con el escardillo de la disciplina toda tendencia desordenada y todo exceso de la carne. El otro aclara agudamente con la luz de la razón el engañoso brillo de toda gloria mundana, diferenciándolo certeramente del oro de la verdad.

Es decir, entre todos los afanes mundanos y deseos terrenos, opta por temer a Dios y seguir sus mandatos. Y con toda razón. Porque ese temor es el principio de la verdadera sabiduría; y esa fidelidad, su culminación. Al fin, sabido es que la sabiduría auténtica y consumada consiste en apartarse de todo mal y hacer el bien. Además, nadie puede evitar el mal

adecuadamente sin el temor de Dios, ni obrar el bien sin observar los mandamientos.

3. Superados, pues, estos dos vicios con la lectura de ambos libros, nos encontramos ya preparados para asistir a este diálogo sagrado y contemplativo que, por ser fruto de entrambos, sólo puede confiarse a espíritus y oídos muy limpios.

II. Quienes deben dedicarse a su lectura.

De no ser así, si antes no se ha enderezado la carne con el esfuerzo de la ascesis, sometiéndola al espíritu, ni se ha despreciado la ostentación opresiva del mundo, es indigno que el impuro se entrometa en esta lectura santa. Como la luz invade inútilmente los ojos ciegos o cerrados, así el hombre animalizado no percibe lo que compete al espíritu de Dios. Porque el Santo Espíritu de la disciplina rehúye el engaño de toda vida incontinente y nunca tendrá parte con la vaciedad del mundo, porque es el Espíritu de la verdad.

¿Podrán tener algo en común el saber que baja de lo alto y el saber de este mundo que es necedad a los ojos de Dios, o la tendencia a lo terreno, que significa rebeldía contra Dios? Pienso, por eso, que ya no tendrá motivos para murmurar el amigo que esté de paso entre nosotros, cuando haya tomado este tercer pan.

4. Mas, ¿quién lo partirá? Está aquí el dueño de la casa: reconoced al Señor en el partir del pan. ¿Quién más a propósito? No seré yo quien caiga en la osadía de arrogármelo. Dirigíos hacia mí, sí, pero no lo esperéis de mí. Yo soy uno de los que esperan; mendigo como vosotros el pan para mi alma, el alimento de mi espíritu. Pobre e indigente, llamo a la puerta del que abre y nadie cierra, ante el profundísimo misterio de este diálogo. Los ojos de todos están aguardando, Señor; los niños piden pan y nadie se lo da. Lo esperan todo de tu bondad. Señor, piadoso, parte tu pan al hambriento, si te place, aunque sea con mis manos, pero con tu poder.

III. Cuestiones sobre el comienzo del Cantar de los Cantares.

5. Indícanos, te suplico, ¿quién dice, a quién y de quién se dice: Que me bese con besos de su boca? ¿Qué modelo de exordio es éste, tan sorprendente y repentino, propio más bien de un intermedio? Se expresa de tal manera que parece haber entablado previamente un diálogo con un personaje que pone en escena y que sin más pide un beso. Y si mendiga o exige que le bese ese que no sabemos quién es, ¿por qué pide expresamente que se lo dé con su propia boca, como si todos los que se besan no lo hiciesen con la boca o se valieran de la boca de otro y no de la suya?

Pero tampoco dice: «Que me bese con su boca», sino algo mucho más insinuante: Con el beso de su boca. Delicioso poema, que se inicia solicitando un beso. Así nos cautiva esta Escritura sólo con su dulce semblante y nos provoca a que la leamos. Aunque nos cueste trabajo penetrar en sus secretos, con ellos consigue nuestro deleite y que no nos fatigue la dificultad de profundizarlos, si ya nos hechiza con la misma suavidad del lenguaje. ¿A quién no le atraerá fuertemente la atención este prólogo sin prólogo y lo novedoso de este lenguaje en un libro tan antiguo? Concluyamos, pues, que se trata de una obra compuesta no por puro ingenio humano, sino por el arte del Espíritu Santo, de modo que resulta dócil comprenderla, pero es un placer analizarla.

IV.Sobre el título del libro y la diversidad de los Cantares.

6. ¿Y nos olvidaremos del título? De ninguna manera. No desperdiciemos ni un solo acento, pues se nos ha ordenado recoger los pedazos más insignificantes que han sobrado. El título dice así: Comienza el más bello Cantar de los cantares de Salomón. Lo primero que advertirás es el nombre propio de Pacífico, que eso significa Salomón. Muy oportuno para abrir un libro que comienza con esa señal de paz que es un beso. Observa también cómo los invitados a comprender esta escritura que así se inicia, son únicamente los espíritus pacificados: los que se mantienen libres de toda agitación viciosa y de preocupaciones turbulentas.

7. Por último, el título no dice solamente «Cantar», sino Cantar de los cantares. No lo tomes como una nimiedad. Porque yo he encontrado muchos cantares en la Escritura y no recuerdo a ninguno de ellos que se denomine así. Cantaron los israelitas un cantar al Señor por su liberación de la espada y del yugo del Faraón cuando por el doble prodigio del mar los rescató y los vengó portentosamente. Pero si no recuerdo mal, su canto no es designado como Cantar de los cantares. La Escritura lo registra así: Los israelitas cantaron este cántico al Señor. Cantó también Débora, cantó Judit y cantó la madre de Samuel; también cantaron algunos Profetas. Y ningún cántico se llamó Cantar de los cantares.

Por otra parte, verás que, si no me equivoco, todos cantaron alguna gracia que recibieron para ellos o para los suyos; Por ejemplo, el triunfo de una victoria, la liberación de un peligro, la concesión de algún beneficio deseado. Cantaron muchos, cada uno por motivos diferentes, para no ser ingratos ante los dones de Dios. Ya está escrito: Te bendecirá cuando le concedas beneficios. Pero este rey Salomón, único por su sabiduría, sublime por su gloria, espléndido por su riqueza, protegido con la paz, no necesitó recibir esos favores que le inspirasen su cantar. Ni la Escritura misma parece insinuarlo nunca.

8. Inspirado divinamente cantó las glorias de Cristo y de la Iglesia, el don del amor divino y los misterios de las bodas eternas. Dejó además reflejados los anhelos del alma santa y su espíritu transportado compuso un epitalamio en versos amorosos, pero de carácter simbólico. En realidad, émulo de Moisés, escondía también el rostro, fulgurante como el suyo, porque a la sazón nadie podía contemplar esta gloria a cara descubierta. Yo creo que este poema nupcial se ha intitulado así por su singular excelencia.

Con razón se llama expresamente Cantar de los cantares, como se le llama Rey de reyes y Señor de señores al destinatario a quien se dirige.

V.Cánticos morales de los que se convierten a Dios.

9. Vosotros, por lo demás, si apeláis a vuestra experiencia, ¿no cantáis también al mismo Señor un cántico nuevo, porque ha hecho maravillas en vuestra fe que ha derrotado al mundo, sacándoos de la fosa fatal y de la charca fangosa? Asímismo, cuando afianzó vuestros pies sobre roca y aseguró vuestros pasos, es de creer que subiera a vuestra boca un cántico nuevo, un himno a nuestro Dios, por la vida nueva que os concedió.

Si os perdonó vuestros pecados al arrepentiros y os prometió además premiaros, ¿no exultáis de gozo con la esperanza de los bienes futuros, y cantáis entusiasmados en los caminos del Señor que su gloria es grande? Cuando alguno de vosotros ha hecho luz en algún paso difícil de la Escritura por su oscuridad, al saborear el alimento del pan celestial, ¿no se ha sentido inspirado a cantar un canto de júbilo y alabanza en el bullicio de la fiesta? En fin, continuamente experimentáis en vosotros la necesidad de renovar cada día vuestros cantos por las victorias que os apuntáis a diario en vuestras batallas y esfuerzos, que nunca cejan para los que viven en Cristo, luchando contra la carne, el mundo y el diablo. Porque la vida del hombre sobre la tierra es una milicia.

Cuantas veces se supera una prueba, se domina un vicio, se aleja un peligro inminente, se descubre el lazo del cazador, se cura de repente y totalmente una pasión vieja e inveterada, o por la gracia de Dios se consigue al fin una virtud afanosamente deseada y mil veces solicitada, ¿no resuena otras tantas, como dice el Profeta, la acción de gracias al son de instrumentos y se le bendice a Dios en sus dones por cada beneficio? De lo contrario, será juzgado como ingrato en el último día, todo el que no haya sido capaz de decir a Dios: Tus leyes eran mi canción en tierra extranjera.

10. Me imagino que ya habéis descubierto en vosotros mismos eso que en el Salterio recibe el nombre de «Cánticos graduales» y no «Cantar de los cantares», pues a medida que avanzáis en la peregrinación que cada cual ha dispuesto en su corazón, entonáis cánticos en alabanza y gloria de quien os anima. De no ser así, yo no veo cómo podría cumplirse este verso del Salmo: Escuchad hay cánticos de victoria en las tiendas de los justos. O aquella recomendación preciosa y tan espiritual de Pablo: Expresaos entre vosotros con salmos y cánticos inspirados, cantando y tocando con toda el alma para el Señor.

VI.Singularidad del Cántico Nupcial.

11. Pero hay un cántico que por su singular sublimidad y dulzura supera justificadamente a todos los que hemos mencionado y a cualquier otro: lo llamaría con todo derecho el «Cantar de los cantares», porque viene a ser el fruto mismo de todos los demás. Se trata de un cantar que sólo puede enseñarlo la unción y sólo puede aprenderlo la experiencia. El que goce de esta experiencia, lo identificará en seguida. El que no la tenga, que arda en deseos de poseerla, y no tanto para conocerla como para experimentarla.

No es un sonido de la boca, sino un júbilo del corazón; no es una inflexión de los labios, sino una cascada de gozos; no es una armonía resultante de las voces, sino de las voluntades. No se escucha desde fuera, ni resuena en público. Sólo la escucha el que la canta y aquel a quien se dedica, es decir, el esposo y la esposa. Es simplemente un epitalamio, que canta los abrazos virginales entre espíritus, la unidad de vidas, el afecto y el amor de la mutua identificación.

12. Finalmente, es incapaz de cantarlo o escucharlo un alma inmadura y aún neófita, recién convertida del mundo; es para un espíritu avanzado ya en su formación que, con la ayuda de Dios ha crecido en sus progresos hasta llegar a la edad perfecta, y por así decirlo, para poder desposarse.

Y hablo de años no como decurso del tiempo; sino como acumulación de méritos. Así está a punto para las bodas celestiales con el esposo, tal como en su debido lugar lo expondremos con la dedicación que se merece.

Ya hemos consumido el tiempo y urge que marchemos al trabajo manual, según lo exige nuestra pobreza y nuestro género de vida. Mañana proseguiremos en nombre del Señor con lo que decíamos sobre el beso, porque el sermón de hoy lo ha ocupado el título del Cantar.

SERMÓN 2.Los cuatro besos o etapas de la manifestación de Cristo

I.El deseo con que los padres suspiraban porCristo, que es el primer beso.

1. Pienso muchísimo en el ardoroso deseo de los Padres, suspirando por la presencia carnal de Cristo, y siempre me invade la compunción y la confusión en mi interior. Ahora mismo apenas puedo contener las lágrimas. Y es que me avergüenza el enfriamiento e insensibilidad de estos tiempos miserables. Porque,¿quién de nosotros, ante la presencia de esta gracia, siente un gozo semejante al deseo con que se abrasaban sólo ante su promesa aquellos santos antecesores nuestros? Sí, son muchísimos los que se alegrarán en la próxima celebración de la Navidad. Pero, ¡ojalá fuese por su Nacimiento!

Este grito: *¡Que me bese con los besos de su boca!*, me evoca aquel deseo ardiente y el afecto de su devota expectación. Todo el que entonces podía ser espiritual, sepan intensamente en su corazón cuánta gracia se derramaría en aquellos labios. Por eso exclamaban como hablando con el deseo de su alma:

¡Que me bese con los besos de su boca! Y ansiaban con todo anhelo no verse defraudados de compartir tan gran embeleso.

2. Cada uno de aquellos santos se decía para sí: «¿Para qué oír tanta palabrería a los Profetas? Mejor que me bese con besos de su boca el más hermoso entre los hijos de los hombres. Ya no escucho más a Moisés: su boca y su lengua tartamudean. Los labios de Isaías son impuros. Jeremías no sabe hablar porque es un niño. Todos los Profetas son como mudos. No, no; que me hable ya él, el mismo a quien ellos anunciaban. ¡Que me bese él con los besos de su boca! No quiero que me hablen más sus intermediarios; son como nubarrón espeso. No. ¡Que me bese él con besos de su boca! Para que el hechizo de su presencia y las corrientes de agua de su admirable doctrina se me conviertan en fuente que salte hasta la vidaeterna.

Si él, al fin, ungido por el Padre con el óleo de la alegría entre todos sus compañeros, se dignase besarme con besos de su boca, ¿no derramaría sobre mí su gracia más copiosa? Su palabra viva y eficaz es para mí un beso de su boca. No es un simple contacto de los labios, que a veces interiormente es mera paz ficticia, sino la efusión del gozo más íntimo que

penetra hasta los secretos más profundos. Pero sobre todo, es como una intercomunión maravillosa de identidad entre la luz suprema y el espíritu iluminado por ella. Pues el que se allega al Señor se hace un espíritu con él.

Con razón se me retiran las visiones o los sueños; no deseo representaciones y hasta me desagradan las especies angélicas. Porque todo lo supera incomparablemente mi Jesús con su figura y su belleza. Por eso, de nadie más mendigaré que me bese con besos de su boca: ni de ángel, ni de persona alguna.

II.El único y singular beso del hombre, Cristo Jesús, que es el segundo beso.

Tampoco pretendo que me bese él mismo con su boca. Esta dicha única y este privilegio singular queda reservado exclusivamente para la naturaleza humana que él asumió. Sencillamente me limito a pedirle que me bese con besos de su boca, como algo comúnmente concedido a los que pueden decir: *Todos hemos recibido gracias tras gracia*.

3. Mirad: en el primer caso la boca que besa es el Verbo que se encarna; quien recibe el beso, la carne asumida por el Verbo; y el beso que consuman el que besa y el besado, resulta ser la persona compuesta por ambos: el mediador entre Dios y los hombres, el hombre Cristo Jesús. Por esta razón ningún santo se atrevió a decir jamás: «que me bese con su boca», sino únicamente *con los besos de su boca*. Reconocían esa prerrogativa como algo exclusivo de aquel a quien el Verbo besó apretadamente con un beso nunca interrumpido, al estrecharse con él corporalmente toda la plenitud de la divinidad.

Feliz y sorprendente beso por su desconcertante concesión. Beso que es mucho más que la simple presión de los labios: es la misma unión de Dios con el hombre. Con el contacto de los labios se intenta expresar la mutua identificación de sentimientos. Pero con este otro beso, esa unión de las dos naturalezas asocia lo humano con lo divino, estableciendo la paz entre el cielo y la tierra. *Él es nuestra paz, que hizo con los dos uno*. Por esta razón los santos del Antiguo Testamento anhelaban este beso; presentían que hallarían gozo y corona de alegría donde se esconden los tesoros de la sabiduría y de la ciencia. Ellos también deseaban recibir de su plenitud.

Veo claramente que os agrada cuanto os digo; pero debéis escuchar todavía otra interpretación.

III.El misterio de Cristo revelado antiguamente, que es el tercer beso.

No ignoraban aquellos santos que ya antes de la venida del Salvador, Dios acariciaba designios de paz sobre la mortal humanidad. Todos los designios sobre los hombres se los revelaba a sus siervos los Profetas, aunque muchas veces no lograron comprenderlos. La fe era algo excepcional sobre la tierra y la esperanza muy vacilante, incluso para los que aguardaban la redención de Israel. Quienes la presintieron, anunciaron que Cristo vendría en carne humana, y con él la paz. Así uno de ellos decía: *El será nuestra paz, cuando venga a nuestra Derra*. Es más: pregonaban que los hombres recuperarían por su mediación la gracia de Dios con toda seguridad, tal como a ellos se les había revelado. Juan, el Precursor del Señor, comprendió que la promesa se había cumplido en su tiempo y lo testificó así: *La gracia y la fidelidad vinieron por Jesucristo*. Todo el pueblo cristiano sabe ahora por experiencia que es verdad.

4. Por lo demás, profetizaban la paz, pero como se demoraba la llegada del que podía establecerla, vacilaba la fe del pueblo, pues no había quien lo liberase ni lo salvara. Los hombres se quejaban de esta tardanza, viendo que no aparecía el Príncipe de la paz, anunciado desde antiguo por boca de sus santos Profetas. No se fiaban de sus promesas e imploraban el signo de la reconciliación prometida, el beso; y como si se levantara alguien del pueblo gritaba así a los mensajeros de la paz: «¿Hasta cuándo vais a tenernos en vilo? Hace ya mucho tiempo que nos prometéis la paz y no llega; anunciáis alivio y sólo reina la turbación. Lo mismo dijeron muchas veces y de mil maneras los mensajeros a nuestros padres, y éstos a nosotros: *Paz, paz, cuando no hay paz*. Si Dios quiere convencerme, *que me bese con besos de su boca*. Esta señal de la paz será primicia de esa paz que promete repetidamente por sus mensajeros, confirme con las obras. Que pruebe el Señor la veracidad de sus mensajeros,si realmente lo son, presentándose con ellos en persona como tantas veces lo han prometido. De lo contrario, serán totalmente inútiles. Envió a su siervo, le colocó su bordón, pero el niño aún no habla ni respira. Si es que no viene el Profeta mismo y *me besa con besos de su boca*, no me levantaré, no resucitaré, no me sacudiré el polvo, no respiraré esperanzas».

5. Mas no lo olvidemos: el que se presenta a sí mismo como mediador nuestro ante Dios, es el Hijo de Dios y Dios verdadero. ¿Y qué es el hombre para que piense en él, qué es el hijo del hombre para que se cuide de él?

¿Con qué confianza puedo atreverme a ponerme en manos de tan soberana majestad? ¿De dónde puedo presumir yo, tierra y ceniza, que Dios se cuida de mí? Sólo sé que él ama a su Padre, pero no necesita de mí ni de mis bienes. Entonces, ¿qué prueba me queda para saber si es mi mediador?

Si, como aseguráis, es verdad que Dios ha decretado el perdón, y piensa ser aún más complaciente, que haga ya la alianza de paz y grabe en mí un pacto perpetuo con el beso de su boca. Pero que se anonade, que se humille, que se rebaje y *me bese con besos de su boca*, no sea que se eche atrás de cuanto ha salido de sus labios. Hágase hombre, hágase hijo del hombre el Hijo de Dios y verdadero Dios, para intervenir como mediador neutral ante ambas partes, y ninguna de las dos sospechará de él. Con este beso de su boca quedaré tranquilo. Yo acepto seguro al Hijo como mediador ante Dios, pues lo reconozco válido también para mí. Nunca dudaré de él lo más mínimo: es hermano mío y carne mía. Conoo que no podrá despreciarme, siendo hueso de mis huesos y carne de mi carne.

6. Así exigían desde antiguo con sus lamentos este sagrado beso, es decir, el misterio de la Encarnación, a medida que iba extinguiéndose la fe, cansada de tan larga y pesada expectación. También el pueblo infiel, vencido por el tedio, protestaba contra las promesas de Dios. No es invención mía. Vosotros también lo recordáis por las Escrituras. Son ciertamente suyas estas quejas y verdaderas protestas: *Manda, vuelve a mandar; espera, vuelve a esperar; un poquito aquí, otro poquito allí*. Suyas son también aquellas palabras en una oración traspasada de piedad: *Da su paga a los que esperan en D y así serán hallados veraces tus profetas*. Y también: *Renueva los deseos que expresaron en tu nombre los antiguos profetas*. De aquí proceden aquellas promesas tan tiernas y consoladoras: *El Señor vendrá sin tardar; aunque tarde, espérale, que ha de llegar sin retraso*. Y en otro lugar leemos también: *Ya está a punto de llegar su hora, sus días no tardarán*. Y pone en boca del Mesías prometido: *Yo derramaré sobre ella como un río la paz y como un torrente que todo lo inunda, la gloria de las naciones*. Palabras que delatan claramente la fuerza conmovedora de los profetas y la desconfianza de los pueblos. Porque el pueblo protestaba por las vacilaciones de su fe y, según el oráculo de Isaías, *los mensajeros de la paz lloraban amargamente*.

Cristo demoraba su venida y el género humano se sumía en la desesperación. Se consideraba menospreciado por su mortal fragilidad. Por eso los santos, plenamente seguros del espíritu que les poseía, deseaban que

su generosidad fuera confirmada con la gracia corporal de Cristo, y pedían a gritos una garantía de paz como alivio de incrédulos y débiles, y así no desconfiaran de la gracia de la reconciliación con Dios tantas veces prometida.

7. ¡Oh renuevo de Jesé, que te alzas como estandarte para los pueblos, cuántos profetas y reyes quisieron verte y no lo consiguieron!

IV.La presencia de Cristo mostrada en la carne, que es el cuarto beso: la señal de Ajab.

El mayor gozo le correspondió a Simeón, cuya vejez alcanzó todo su vigor por la plenitud de las misericordias. El gozaba con la esperanza de contemplar el signo deseado; lo vio y se llenó de alegría. Recibió el beso de la paz y se durmió en su regazo, profetizando que Jesús había nacido para ser signo de contradicción. Y así fue. En cuanto apareció la señal de paz tropezó con la oposición de los que odian la paz; porque sólo lleva la paz a los hombres de buena voluntad. A los malévolos se les trocó en piedra para tropezar y en roca para estrellarse. Por eso Herodes se sobresaltó y con él Jerusalén entera: *Vino a su casa, pero los suyos no le recibieron*.

Dichosos aquellos pastores que velaban de noche, porque merecieron contemplar esta señal. Ya entonces se ocultaba a los sabios y entendidos y se manifestaba a la gente sencilla. También Herodes quiso verlo, pero no lo mereció por su mala voluntad. El signo de la paz era sólo para los hombres de buena fe. A Herodes y a sus secuaces únicamente se les dará la señal del profeta Jonás.

Pero a los pastores les dijo el ángel: *Os doy esta señal*, a vosotros los sencillos, los sumisos, los que no pensáis en grandezas, los que veláis y meditáis la ley del Señor día y noche. *Os doy esta señal*. ¿Qué señal? Lo que prometían los mensajeros, lo que reclamaban los pueblos, lo que anunciaron los profetas, eso mismo acaba de consumarlo el Señor Jesús y os lo revela a vosotros. Es el signo en el que los incrédulos recibirán la fe, los temerosos la esperanza y los santos su seguridad. Os doy esta señal. ¿Señal de qué? De perdón, de gracia, de paz, de paz ilimitada. Os doy esta señal: *Encontraréis al Niño envuelto en pañales y acostado en un pesebre*.

En él está Dios reconciliando consigo al mundo. Morirá por vuestros pecados y resucitará para devolveros la justicia, y justificados por la fe quedaréis en paz con Dios. Hace años que el Profeta proponía al rey Ajab que pidiese esta señal de paz a su Dios y Señor, en las profundidades de los abismos o arriba en lo más alto. Mas aquel rey impío se negó: él no creía que pudiese reconciliarse en la paz lo más sublime con lo más bajo; que al descender el Señor, fueran salvados los mismos infiernos con el beso santo, para recibir el signo de la paz; y que los espíritus celestiales participasen de sus delicias eternas cuando regresara a los cielos.

8. Pero hemos de concluir el sermón. Resumiendo brevemente todo lo que hemos dicho, ha quedado muy claro que este beso santo fue concedido al mundo por dos motivos: para devolver la fe a los débiles y colmar las aspiraciones de los santos. Y que en definitiva el beso como tal no es sino el Mediador entre Dios y los hombres, el hombre Cristo Jesús y Dios, que vive y reina con el Padre y el Espíritu Santo por todos los siglos de los siglos. Amén.

SERMÓN 3. Aplicación espiritual del beso en los pies, en las manos y en la boca

I. El primer beso moral, que se recibe en los pies.

1. Hoy abrimos el libro de la experiencia. Volveos a vosotros mismos y que cada cual escuche en su interior lo que vamos a decir. Me gustaría saber si alguno de vosotros ha recibido el don de poder decir sintiéndolo de verdad: *¡Que me bese con besos de su boca!* No todos pueden decir esto sintiéndolo de verdad. Sólo aquel que haya recibido, al menos una vez, de la boca de Cristo el beso espiritual, volverá a desear esa experiencia personal y la repetirá de buena gana. Yo tengo para mí que nadie puede saber qué es eso sino el que lo ha recibido. Es un maná escondido y sólo el que lo ha saboreado se queda todavía con hambre de más. Es una fuente sellada que no se abre al extraño. Sólo quien de ella beba quedará con sed para siempre.

Escucha a uno que lo experimentó y mira cómo insiste: *Devuélveme la alegría de tu Salvador*. Que ni se le ocurra arrogárselo a un alma como la mía, cargada de pecados y esclavizada todavía por las propias pasiones, que no ha experimentado aún las delicias del espíritu, ignorante y absolutamente inexperta de los gozos más íntimos.

2. Pero a quien se halla en esta situación le mostraré su lugar junto al Salvador. No cometa la temeridad de acercarse a la boca de tan serenísimo Esposo. Póstrese conmigo tímidamente a los pies del severísimo Señor y temblando, con la mirada en el suelo y no en el cielo, como el publicano. No sea que sus ojos, hechos ya a las tinieblas, se deslumbren con la gloria, ofuscados por sus astros. Porque herido por ese insólito esplendor, se vería envuelto en la ceguera de una oscuridad mucho más impenetrable.

Tú, quien quiera que seas, no consideres vil y despreciable el lugar donde la santa pecadora se despojó de sus pecados para revestirse de la santidad. Allí cambió su piel la mujer de Etiopía y recuperando una blancura nueva decía confiada y con razón a quienes la injuriaban: *Tengo la tez morena, pero soy hermosa, muchachas de Jerusalén*. ¿No te imaginas a qué medios recurrió o con qué méritos lo consiguió? Ya te lo digo yo en seguida.

Lloró muy amargamente y exhaló profundos suspiros desde sus más íntimas entrañas. Agitada en su interior por sus beneficiosos sollozos,

vomitó toda la hiel de su corazón. Acudió presurosa al médico celestial, porque *su palabra corre veloz*. ¿No es una bebida medicinal la Palabra de Dios? Sí que lo es; y eficaz, enérgica, que sondea el corazón y las entrañas: *La Palabra de Dios es viva y enérgica, más tajante que una espada de dos filos; penetra hasta la unión de alma y espíritu, de órganos y médula; juzga sentimientos y pensamientos*. A ejemplo de esta dichosa penitente, póstrate también tú, desdichada, y dejarás de serlo; póstrate también tú en tierra, ponte junto a sus pies, cúbrelos de besos, riégalos con tus lágrimas, no para lavarle a él, sino a tí misma. Así serás como oveja de un rebaño esquilado, recién salido del baño. No te arriesgues a levantar tu rostro abatido de vergüenza y tristeza, hasta que tú mismo escuches estas palabras: *Se te han perdonado tus pecados. Ponte en pie, ponte en pie, hija de Sión cautiva, ponte en pie, sacúdete el polvo*.

II.El segundo beso, que se recibe en las manos.

3. Recibido el primer beso a sus pies, no te apresures a incorporarte para recibir el beso de la boca. Gradualmente se te dará otro beso intermedio en la mano. Escucha por qué. Si Jesús me dice: *Se te han perdonado muchos pecados*, ¿de qué me sirve si no dejo de pecar? Me quité la túnica, pero ¿qué he adelantado si vuelvo a ponérmela? Me lavé los pies; pero si vuelvo a mancharlos, ¿de qué vale que los haya lavado? Manchado con toda clase de vicios, yacía en la charca fangosa; pero sin duda será peor volver a caer en ella. Y recuerdo que me dijo el que me devolvió la salud: *Como ves, estás sano; marcha y no vuelvas a pecar, no sea que te ocurra algo peor*.

Pero el que me provocó el deseo de arrepentirme, debe darme asimismo fuerza para moderarme; porque si vuelvo al desenfreno, mi final resultará peor que el principio. Por muy penitente que sea, desgraciado de mí, en cuanto retire de mí su mano; porque sin él nada puedo hacer. He dicho nada: ni arrepentirme, ni contenerme. Por eso escucho lo que aconseja el Sabio: *No repitas las palabras de tu oración*. Me horroriza que el Juez corte el árbol que no da buen fruto. Reconozco que no viviré feliz con mi primera gracia, por la cual me arrepiento de todos mis pecados, si además no recibo la segunda: dar buenos frutos de penitencia y no volver como perro al vómito.

4. Todavía tendré que pedir y recibir todo esto, sin precipitarme por llegar a lo más sublime y sagrado. No quiero llegar de repente a la cumbre: quiero subir lentamente. En la medida que a Dios le repugna la desvergüenza del pecador, le encanta la timidez del penitente. Le ganarás mucho antes, si te contentas con lo que te han encomendado y no te importa lo que te sobrepasa. Desde los pies hasta la boca hay un paso largo y nada fácil; no es oportuno darlo. ¿Cómo te atreves cubierto de polvo, a acercarte a su sagrada boca? ¿Arrancado ayer del fango, te presentas hoy ante su glorioso rostro? Utiliza las manos para conseguirlo: te purificarán y te levantarán.

¿Cómo pueden levantarte? Dándote motivos para que te atrevas. ¿Cuáles? La belleza de la continencia y los frutos de una penitencia digna, como son las obras de la fe. Eso te alzará de la basura a la esperanza de poder atreverte a algo más sublime. Así, recibido este don, besa ya su mano. Es decir: da la gloria a su nombre y no a tí mismo. Hazlo una y otra vez por

los pecados perdonados y por las virtudes recibidas. De lo contrario, vete pensando la manera de esquivar estas duras palabras: *Vamos a ver, ¿qué tienes que no lo hayas recibido? Y si lo has recibido, ¿a qué tanto orgullo como si nadie te lo hubiera dado?*

III.El tercero, que es el de la boca.

5. Ya tienes, por fin, una doble experiencia del favor divino con estos dos besos: ahora no vacilarás en aspirar a lo más santo. Pues cuanto más crezcas en gracia, tanto más se dilatará tu confianza. Amarás más apasionadamente y llamarás más seguro a la puerta cuando añores lo que te falta: *Porque al que llama se le abrirá*.

Espero que con estos sentimientos no se te niegue ya el beso más maravilloso de todos, porque es el supremo favor y la más sublime dulzura. Este es el camino: éste es el proceso. Primero caemos postrados a sus pies y lloramos lo que nosotros hemos hecho ante el Señor que nos hizo. Después buscamos la mano que nos levante y robustezca nuestras rodillas vacilantes. Por fin, cuando lo hemos conseguido a fuerza de oración y lágrimas, nos atrevemos ya quizá a levantar nuestra cabeza hasta su misma boca gloriosa, con pavor y temblor, para contemplar, más aún, para besar al *Ungido del Señor, aliento de nuestra boca*, al que nos unimos con el ósculo santo, para ser por su gracia un Espíritu con él.

6. A Tí, Señor Jesús, a Tí te dijo mi corazón: *Te buscó mi rostro, tu rostro buscaré, Señor*. Es decir, por la mañana me diste a conocer tu misericordia, cuando todavía postrado en el polvo besé tus huellas sagradas, y perdonaste mi desordenada vida. Después, al avanzar el día alegraste el alma de tu siervo, cuando al besar tu mano me concediste además la gracia de vivir rectamente. ¿Qué me queda ahora, Señor bueno, sino que me dignes consentir que bese tu boca, en la plenitud del mediodía y con el fuego del Espíritu, y así saciarme de gozo en tu presencia? Avísame tú, delicadeza y calma infinita, *avísame dónde pastoreas, dónde recuestas tu ganado en la siesta*.

Hermanos, aquí estamos muy bien, pero nos reclama el afán de cada día. Me avisan que acaban de llegar algunos y ello me obliga más a interrumpir que a terminar este agradable sermón. Saldré, pues, a acogerlos, no sea que incumplamos los deberes de esa caridad que pregonamos. Así no tendremos que escuchar nosotros también: *Ellos dicen, pero no hacen*. Vosotros orad mientras tanto, para que el Señor acepte las palabras que pronuncie para vuestra edificación y para alabanza y gloria de su nombre.

SERMÓN 4. El triple progreso, simbolizado en los tres besos

I.Qué es el beso recibido en los pies.

1. El sermón de ayer se centraba en una especie de triple progreso del alma, representado en los tres besos. ¿Lo recordáis? Hoy debo proseguirlo en la medida que Dios en su bondad se digne ayudar a los pobres. Hablamos, si recordáis, del beso que se recibe en los pies, en las manos y en la boca, correspondiendo cada beso a un estado distinto. Con el primero se consagran los comienzos de nuestra conversión; el segundo se concede a los que van avanzando en ella, y el tercero es una experiencia exclusiva para los perfectos que son muy pocos. Sólo con éste, que hemos mencionado en tercer lugar, comienza el pasaje de la Escritura que nos proponemos comentar. Y por esta razón añadimos los otros dos besos.

Vosotros juzgaréis si merecía la pena hacerlo. Me extrañaría que no se os hubiera ocurrido a vosotros mismos. Efectivamente, tuvo que pensar en otra clase de besos, que se diferencian del beso de la boca, el que dijo: *¡Que me bese con besos de su boca!* Si bastaba con que hubiera dicho sencillamente: *Que me bese*, ¿por qué recurrió a una expresión inusitada y añadió: *Con besos de su boca?* ¿No nos muestra así que el beso que solicitaba es el sumo, pero no el único? Porque entre nosotros siempre nos expresamos de otra manera: «Bésame», o «dame un beso». Nadie añade: «con tu boca», o «con besos de tu boca». Cuando vamos a besarnos, ¿no acercamos nuestra boca? Pero no nos lo pedimos mutuamente. Por ejemplo, el que nos narra aquel beso que el traidor dio al Señor, dice escuetamente: *Y le besó*. No añade: «con su boca», ni «con un beso de su boca». De la misma manera lo decimos todos cuando escribimos o hablamos.

Estas tres afecciones o progresos del alma sólo las conocen claramente quienes tienen experiencia, es decir, los que logran percibir el perdón de sus pecados, o la gracia de hacer el bien, o la presencia misma del que les ha perdonado y ayudado, aunque sólo sea con las limitaciones inherentes a nuestro frágil cuerpo.

2. Ahora escuchad con más detalles la razón por la que he llamado besos al primero y al segundo. Como todos sabemos, el beso es signo de paz. Por tanto, si como dice la Escritura, *son vuestras culpas las que crean separación entre vosotros y Dios*, quitemos de en medio lo que nos separa y

reinará la paz. En consecuencia, si por nuestra penitencia nos reconciliamos arrancando el pecado que nos enfrenta, ¿qué es el perdón que recibimos sino eso que hemos llamado un beso de paz? Ahora sólo podemos recibirlo en los pies; porque nuestra satisfacción debe ser humilde y modesta, para corregimos de nuestra soberbia.

II.Qué es el recibido en las manos.

3. Y cuando nos movemos en ese ambiente tan agradable de la gracia que nos envuelve, para vivir más ordenadamente y mantener unas relaciones más dignas con Dios, podemos levantar ya la cabeza del polvo con mayor confianza y besar la mano del bienhechor, como es costumbre. Con una condición: no buscar nuestra gloria por el bien recibido, sino la del que nos lo ha dado, ni atribuirnos sus dones a nosotros, sino a él. Porque si vives orgulloso de tí mismo y no del Señor, serás acusado de besar tu mano y no la suya. Y eso, como dice el santo Job, es el mayor delito, pues equivale a negar a Dios. Por tanto, si como atestigua la Escritura, el que busca su propia gloria busca su mano, también es lícito afirmar que quien busca la gloria del Señor besa la mano de Dios. Lo mismo sucede en esta vida. Los siervos que han agraviado a sus señores suelen besar sus pies cuando les piden perdón. Pero los pobres besan la mano de los ricos cuando reciben su limosna.

III.Dios tiene pies, manos y boca, por efecto, no por naturaleza; todo ser le debe a Dios su existencia.

4. Ahora bien, *Dios es espíritu* y una sustancia simplicísima que carece de miembros corporales. Tal vez por eso alguien niegue haber recibido algo semejante y me exija que le muestre las manos y los pies del Señor, para probar lo que afirmo sobre el beso de los pies y las manos. ¿Y qué me respondería si yo le exigiese lo mismo sobre la boca de Dios, para demostrar que la Escritura se refiere a Dios cuando habla del beso de la boca? Porque o tiene pies y manos, o tampoco tiene boca. Y si tiene boca para educar a los hombres, también tiene manos para dar alimento a todo viviente, y pies para ponerlos sobre la tierra como su estrado, ante los cuales se postran los pecadores de la tierra, convenidos y humillados.

Esto se lo aplicamos a Dios, fijándonos en los efectos, no en su naturaleza. Gracias a eso encontramos en Dios estímulos para arrepentirnos temerosamente y postrarnos con toda humildad; para servirle generosos, renovándonos con mayor firmeza; para contemplarle con gozo y descansar en los éxtasis. El que todo lo gobierna es todo para todos, aunque propiamente no es nada de eso.

Pues en sí mismo *es una luz inaccesible y su paz supera todo razonar, su sabiduría no* t*iene medida; es incalculable su grandeza*. Nadie puede verlo y quedar con vida. Pero no es un ser lejano para cada uno de nosotros, puesto que todos reciben de él el ser, y sin él todo se reduce a pura nada. Pásmate más aún: nada es tan presente ni tan incomprensible como él. ¿Hay alguien tan presente a toda criatura? Y, sin embargo, ¿hay alguien más incomprensible que el ser de todas las cosas? Yo diría que Dios es el Ser de todos los seres, no porque éstos sean lo que él es, sino porque *es origen, camino y meta de todo ser*. Él es, por tanto, el ser y creador de todo lo creado, pero causal, no material. De esa manera su majestad se digna ser para todas sus criaturas lo que son: vida para todo viviente, luz para toda razón, fuerza para todo virtuoso, gloria para todo vencedor.

5. El que con su sola palabra creó todos los seres materiales y espirituales, no necesita instrumento corporal alguno para crearlos, gobernarlos, regirlos, moverlos, incrementados, renovarlos y consolidarlos. El alma humana necesita un cuerpo con sentidos corporales para expresarse mutuamente y subsistir. Pero no así el Omnipotente; le basta su voluntad a cuya disposición actúa sin más su eficiencia, lo mismo para crear como para

organizar los seres a su beneplácito. Ejerce su poder sobre lo que quiere, cuanto quiere y sin valerse de la sumisión de los miembros corporales. ¿O crees que necesita de la cooperación de los sentidos para contemplar su propia creación? Nada absolutamente se le oculta ni puede huír de su luz, presente en todo lugar. Pero tampoco precisa recurrir a los sentidos para conocer cualquier cosa. No sólo conoce todo sin necesidad de cuerpo: también sin él se deja conocer por los limpios de corazón. Estoy repitiéndome mucho, para aclararlo más. Pero quizá sea mejor dejarlo para mañana, porque ya no lo permite la urgencia de acabar el sermón.